

ATLAS
de los
EXPLORADORES
ESPAÑÓLES

geoPlaneta 

SOCIEDAD GEOGRÁFICA ESPAÑOLA

PRÓLOGO DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA ESPAÑOLA

Hay pocos países en el mundo que hayan aportado a la exploración del planeta tanto como España. Este hecho, incontestable para los historiadores rigurosos, no ha sido suficientemente valorado por el resto del gran público, incluidos los propios españoles, que a menudo han sentido mayor admiración por las gestas de viajeros anglosajones, franceses, holandeses, norteamericanos y de otros países que por las de nuestros paisanos, que en nada desmerecen. Muchos españoles han olvidado que durante más de dos siglos protagonizamos la gran aventura de la exploración tanto de América del Norte y del Sur como del Pacífico.

Nuestra historia de los descubrimientos y las exploraciones está repleta de personajes, de historias y de proezas realmente sorprendentes ligadas a los periplos y a la exploración del planeta. Desde aquella intrépida monja gallega, Egeria, que en el Bajo Imperio romano emprendió una peregrinación en solitario a Jerusalén, hasta las grandes travesías polares de españoles como Ramón Larramendi, o las aventuras de Jesús González Green, pionero en cruzar el Atlántico en su glo-

bo aerostático; o el descubrimiento de la catarata más alta del mundo, el Salto del Ángel, por un español el siglo pasado. Estos son solo algunos ejemplos, extremos en el tiempo, pero entre unos y otros nuestra historia se ha escrito a base de descubrimientos y grandes viajes extraordinarios, que han ido trazando, línea a línea, el mapa del mundo y han dejado el planeta lleno de topónimos españoles. Especialmente llamativa resulta la falta de conocimiento general sobre muchos exploradores y grandes viajeros españoles que en cualquier otra parte del mundo habrían sido fuente de inspiración para películas o novelas, e incluso objeto de admiración y homenaje público.

Desde sus comienzos, la Sociedad Geográfica Española se propuso como objetivo la recuperación y difusión de la memoria de nuestros exploradores y viajeros; de los olvidados y también de los más célebres, en muchas ocasiones oscurecidos y vilipendiados por la leyenda negra que persigue a muchos de nuestros «héroes». Durante años hemos ido rescatando del olvido, poco a poco, historias de exploración y biografías correspon-

dientes a todas las épocas. Este libro es la culminación de este esfuerzo y de un sueño; una forma de rendirles homenaje. Es también una oportunidad para combatir ese tópico de que en nuestro mundo globalizado ya no queda nada por explorar. En este sentido, hemos querido incluir a algunos viajeros todavía vivos, representantes de todos aquellos que intentan seguir descubriendo las nuevas fronteras de nuestro planeta: los fondos submarinos, el espacio, las profundidades de la tierra, las grandes montañas o las intrincadas selvas en las que nos queda mucho por conocer.

Este *Atlas de los exploradores españoles* no pretende ser exhaustivo, ya que resultaría casi imposible reunir los miles de viajes que forman parte de nuestra historia, en particular la de los siglos XVI y XVII, cuando los españoles escribieron la historia de la exploración occidental. Por estas páginas desfilan una variada selección de personajes que han recorrido los cinco continentes, todos ellos alimentados por la misma pasión por la aventura que es común a los exploradores de todos los tiempos. Estamos seguros de que el lector curioso encontrará en esta obra historias que le sorprenderán, anécdotas que le emocionarán y biografías inespe-

radas. No hemos querido renunciar a los viajeros más famosos, pero hemos intentado rescatar los aspectos de su biografía relacionados con su aportación a la geografía y al conocimiento del mundo. Junto a ellos figuran nombres apenas conocidos por el gran público y que merecen igualmente ser reivindicados.

Este atlas no hubiera sido posible sin el patrocinio de Caser Seguros, ni sin la colaboración y el archivo personal de Javier Gómez Navarro y la dirección de Pedro Páramo, miembros ambos de nuestra junta directiva. También es el resultado de los desvelos y la pasión de la junta directiva; de Margarita Martínez, que ha conseguido todas las ilustraciones, y de un gran equipo de investigadores, historiadores y profesionales que han intervenido con su rigor, su ilusión y su esfuerzo. Si con esta obra hemos conseguido seguir alimentando la llama de la curiosidad y la pasión por la exploración de nuestro mundo, habremos conseguido nuestro objetivo.

Diego de Azqueta Bernar
Vicepresidente de la Sociedad
Geográfica Española

SUMARIO

Introducción	10	Alonso de Ojeda	88
		Antón de Alaminos	90
		Francisco Hernández de Córdoba	93
		Los dos españoles que se hicieron indios: Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, <i>Diego de Azqueta Bernar</i>	95
Capítulo 1		Hernán Cortés, <i>Manuel Lucena Giraldo</i>	99
<i>Finis Terrae</i> . Viajes desde el fin del mundo	21	Pedro de Alvarado	103
Tartesios, fenicios, cartagineses y griegos desde España: Hannón, Himilcón y Pytheas	24	Gil González Dávila	106
Publio Elio Adriano	27	Bernal Díaz del Castillo	108
Egeria	30	Diego de Ordaz	110
		Pedro de Arias Dávila (Pedrarias Dávila)	112
Capítulo 2		Vasco Núñez de Balboa	114
Viajeros de las tres culturas	33	Juan Díaz de Solís	118
Al-Ghazal	36	Martín García Oñez de Loyola	120
Abu Abdallah Muhammad El Idrisi	39	Fernando de Magallanes, <i>Rafael Valladares</i>	123
Ibrahim B. Yaqub at-Turtusi	41	Juan Sebastián Elcano	126
Abu Hamid al-Garnati	43	Antonio Pigafetta, <i>Manuel Lucena Giraldo</i>	130
Ibn Yubair	46	García Jofre de Loaysa	133
Benjamín de Tudela	48	Simón de Alcazaba	135
Ramon Llull	51	Ruy López de Villalobos	137
Ruy González de Clavijo	53	Diego García de Moguer, <i>Guadalupe Fernández Morente e Ignacio Fernández Vial</i>	139
Pero Tafur	56	Pánfilo de Narváez	141
Pero Niño	59	Juan Ponce de León	143
		Lucas Vázquez de Ayllón	145
Capítulo 3		Álvar Núñez Cabeza de Vaca	147
La edad de oro de los descubrimientos españoles	61	Estebanico (Esteban de Dorantes, Esteban <i>el Negro</i>)	151
Cristóbal Colón, <i>Felipe Fernández-Armesto</i>	64	Marcos de Niza	153
Martín Alonso Yáñez Pinzón	68	Francisco Vázquez de Coronado	155
Vicente Yáñez Pinzón	71	Hernando de Soto	158
Américo Vespucio, <i>Felipe Fernández-Armesto</i>	74	Juan Rodríguez Cabrillo	161
Los viajes andaluces: Cristóbal Guerra, Pero Alonso Niño y Diego de Lepe	78		
Juan de la Cosa, <i>Antonio Sánchez Martínez</i>	81		
Juan Bermúdez, <i>Belén Fernández Morente e Ignacio Fernández Vial</i>	85		

Francisco Pizarro	163	Pedro Fernández de Quirós, <i>Luis Pancorbo</i>	239
Gonzalo Pizarro	166	Luis Báez de Torres	243
Gonzalo Jiménez de Quesada	169	Juan Fernández	245
Sebastián de Belalcázar	171	Lorenzo Ferrer Maldonado, <i>Juan Pimentel</i>	247
Jerónimo de Ortal	173	Gabriel de Castilla	249
Francisco de Orellana, <i>Lola Escudero</i>	175	Sebastián Vizcaíno	252
Antonio de Berrío	179	José de Anchieta	254
Pedro de Valdivia	181	Cristóbal de Acuña	257
Ñuño de Chaves	183	Jacinto de Carvajal	259
San Francisco Javier	185	Gregorio Céspedes	261
Fernando Mendes Pinto, <i>Rafael Valladares</i>	187	Gabriel Quiroga de San Antonio	263
Antonio de Montserrat	190		
Pedro Ordóñez de Ceballos	193	Capítulo 4	
García de Silva y Figueroa	195	Un tiempo de transición	265
Juan León el <i>Africano</i>	197	Antonio de Andrade	268
Luis de Mármol Carvajal, <i>Fernando Rodríguez Mediano</i>	201	Catalina de Erauso, la «Monja Alférez»	270
Yuder Pachá	204	Pedro Porter y Casanate	272
Pedro Páez, <i>Javier Reverte</i>	206	José de Escandón y Helguera	274
Lope de Aguirre	209	Gregorio de Robles	276
Diego Fernández de Serpa	211	Pedro Bohórquez (Pedro Chamijo)	278
Juan de Oñate	213	Pedro Cubero Sebastián	280
Juan Ladrillero	215	Francisco de Padilla, <i>Guadalupe Fernández Morente e Ignacio Fernández Vial</i>	282
Tomás de Berlanga	217	Francisco Eusebio Kino, padre Kino	284
Álvaro Saavedra Cerón	219	Jesuitas en la selva: Samuel Fritz y José Gumilla	286
Íñigo Ortiz de Retes	221	Manuel Román	289
Andrés de Urdaneta, <i>Carlos Martínez Shaw</i>	223	Miguel de Santisteban	291
Miguel López de Legazpi, <i>Marina Alfonso Mola</i>	227	Juan Bautista de Anza	293
Álvaro de Mendaña, <i>Luis Pancorbo</i>	230		
Isabel Barreto, <i>Luis Pancorbo</i>	233	Capítulo 5	
Pedro Sarmiento de Gamboa, <i>Pedro Páramo</i>	236	Los curiosos pertinentes. Viajeros y expedicionarios ilustrados	297

Jorge Juan y Santacilia, <i>Armando Alberola Romá y Rosario Díe Maculet</i>	298	Juan de Cuéllar	373
Antonio de Ulloa	302	Francisco de Noroña	375
José Iturriaga y Aguirre	305	Félix de Azara, <i>Francisco Pelayo</i>	377
José Solano y Bote, <i>Manuel Lucena Giraldo</i>	307	Diego de Alvear y Ponce de León	381
Pedro (Pehr) Löfling, <i>Francisco Pelayo</i>	310	Francisco Requena	383
Apolinar Díez de la Fuente	313	Felipe José de los Santos Toro y Freyre (conde de Argelejo)	386
Manuel Centurión Guerrero	315	José Varela y Ulloa	388
Vicente Doz	317	Vicente Tofiño de San Miguel y Vandewalle, <i>Luisa Martín-Merás</i>	390
Felipe González de Haedo, <i>Francisco Mellén</i>	319	Alejandro Malaspina, <i>Juan Pimentel</i>	393
Juan de Lángara y Huarte	322	José Bustamante y Guerra	397
José de Mazarredo y Salazar	324	Dionisio Alcalá Galiano, <i>María Dolores Higuera Rodríguez</i>	399
Domingo de Bonechea Andonaegui	326	Felipe Bauzá y Cañas, <i>Manuel Lucena Giraldo</i>	403
Juan Francisco de la Bodega y Quadra, <i>Salvador Bernabéu Albert</i>	328	Cosme Damián Churruza y Elorza, <i>María Dolores González-Ripoll</i>	405
Esteban José Martínez	331	Joaquín Francisco Fidalgo	410
Francisco Antonio Mourelle de la Rúa	334	Ignacio María de Álava y Sáenz de Navarrete	412
Manuel Quimper Benites del Pino	337	José Chaix	414
José de Moraleda y Montero	339	José Joaquín Ferrer y Cafranga	416
Gaspar de Portolá y Rovira	341	Expediciones mineralógicas: Cristiano y Conrado Heuland, Fausto y Juan José de Elhuyar, y barón de Nordenflycht	418
Junípero Serra (Miguel Serra Ferrer)	343	Antonio Ponz	421
Silvestre Vélez de Escalante	345	Federico Gravina y Nápoli	423
Alonso Carrió de la Vandra (Concolorcorvo)	347	Carlos de Gimbernat y Grassot	425
Expediciones patagónicas: Juan José de Elizalde, Domingo Perler Rabasquino, Antonio de Córdova y Ramón de Clairac	349	La expedición arqueológica a Palenque: Antonio Bernasconi y Antonio del Río	428
Pedro Pablo Sanguineto, <i>José Jesús García Hourcade</i>	354	La Expedición de la Vacuna: Francisco Xavier Balmis y Berenguer, y José Salvany y Lleopart, <i>Susana María Ramírez Martín</i>	430
José Celestino Mutis y Bosio, <i>José Luis Peset</i>	356	Alejandro de Humboldt, <i>Josefina Gómez Mendoza</i>	433
Sebastián José López Ruiz	360	Domingo Badía Lebllich (Alí Bey), <i>Patricia Almarcegui</i>	437
La Expedición Botánica de Perú y Chile: Hipólito Ruiz y José Pavón, <i>Antonio González Bueno</i>	362		
La Expedición Botánica a Nueva España: Martín Sessé y José Mariano Mociño, <i>Antonio González Bueno</i>	366		
José Longinos Martínez Garrido	371		

Capítulo 6			
Un esfuerzo continuado	443	Constancio Bernaldo de Quirós	498
José María de Murga y Mugártegui	444	Alfonso (Ildefonso) Graña	500
José de Moros y Morellón	446	El <i>Plus Ultra</i> : Ramón Franco y Julio Ruiz de Alda	502
Emilio Bonelli	448	El <i>Jesús del Gran Poder</i> y la proyectada Expedición Iglesias al Amazonas: Francisco Iglesias Brage e Ignacio Jiménez	506
Expedición al Adras: Julio Cervera, Francisco Quiroga y Felipe Rizzo, <i>José Antonio Rodríguez Esteban</i>	451	Escuadrilla Elcano: Joaquín Lóriga, Eduardo González Gallarza y Rafael Martínez Esteve	509
Juan Víctor Abargues de Sostén	454	El trágico vuelo del <i>Cuatro Vientos</i> : Mariano Barberán y Joaquín Collar	512
Cesáreo Fernández Duro	456	Patrulla Atlántida	515
Manuel Iradier y Bulfy	458	Juan Ignacio Pombo Alonso-Pesquera	518
Joaquín Gatell y Folch (Kaid Ismail)	462	Aurora Bertrana y Salazar	520
Enrique d'Almonte, <i>José Antonio Rodríguez Esteban</i>	464		
Comisión Científica del Pacífico: Francisco de Paula Martínez, Juan Isern y Batlló, Manuel Almagro de La Vega, Rafael Castro y Ordóñez, Bartolomé Puig y Galup, Fernando Amor	466	Capítulo 8	
Marcos Jiménez de la Espada, <i>Leoncio López-Ocón</i>	469	Los penúltimos	525
Rafael Castro y Ordóñez	472	Félix Cardona Puig	526
Manuel Almagro y Vera	475	José María Cruixent, <i>Emanuele Amodio</i>	528
Comisión Hidrográfica de las Antillas: Cecilio Pujazón	477	José María Pérez de Barradas	531
Expedición Forestal a Filipinas: Ramón Jordana Morera y Sebastián Vidal y Soler	479	Fray Cesáreo de Armellada, <i>Emanuele Amodio</i>	533
Carlos Palanca Gutiérrez	481	Jordi Sabater Pi	536
Adolfo de Mentaberry	483	Jesús González Green	538
Adolfo Ribadeneyra	485	Ramón Larramendi	540
Cristóbal Benítez	487	Nil Bohigas	543
Pedro Enrique de Ibarreta Uhagón	489	Sergio García-Dils de la Vega	545
Eduardo Toda y Güell	491	Miguel Ángel Gordillo Urquía	547
		Bibliografía seleccionada	550
Capítulo 7		Índice	556
Viajeros de las Españas	495	Colaboradores	592
Carmen de Burgos Seguí (Colombine)	496	Créditos fotográficos	594
La Expedición a Marruecos de 1913: Juan Dantín, Ángel Cabrera Latorre y		Agradecimientos	596

INTRODUCCIÓN

En uno de sus muchos juicios, sencillos solo en apariencia, Miguel de Cervantes afirmó que «el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos». La referencia, tomada de *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, una novela «griega o bizantina», llena de trucos, laberintos y disfraces publicada en 1617, supone para renombrados estudiosos la expresión de una voluntad antiutópica, que habría ido de la mano de la ironía como recurso literario primordial nada menos que en *El Quijote*, con el cual el *Persiles* configuraría una unidad literaria. La escena en la que surge el famoso comentario sobre los «viajeros discretos» resulta, por otro lado, de una tremenda ambivalencia, pues deja al lector pensando que el autor quiso en verdad compartir con él una sonrisa cómplice ante tan delicadas materias. El episodio refiere la llegada de Antonio a Lisboa acompañado de su hija mestiza, Constanza. A modo de admonición que debe prepararla para su nueva vida, no duda en señalarle que «todos sus moradores son agradables, son cortesés, son liberales y son enamorados, porque son discretos». El debate sobre lo que quiso decir Cervantes, o de quién intentó morarse con semejante razonamiento, que-

do servido para la posteridad, aunque el *Persiles* represente —en ello no hay duda alguna— una alegoría de la vida como un largo viaje¹.

Por otro lado, aquella Lisboa evocada por Cervantes era parte de la monarquía española desde el asalto de la capital imperial portuguesa en 1580, que tuvo como efecto la creación de la primera monarquía global de la historia². Había pasado suficiente tiempo desde entonces y cuando Cervantes escribió el *Persiles* estaba ya al final de su agitada existencia —de hecho, no llegó a verlo publicado—, de modo que no podemos caer en la trampa de pensar que se trató de un juicio ligero, una gracia u ocurrencia del escritor. Veterano de Italia y de Lepanto, cautivo de Argel, vecino de Sevilla, Madrid o Barcelona, pretendiente eterno de un cargo de corregidor en las Indias que nunca le fue concedido, Cervantes fue también absolutamente moderno en su juicio sobre los viajes como acicate pedagógico, empresa de mejora personal o despliegue de una geografía individual que buscaba conocer el mundo, mas no para dominarlo, sino para sobrellevarlo con discreción.

Casi cuatro siglos después, algunas de las preguntas que planteó para sí y sus

contemporáneos se vinculan a las que nos hacemos nosotros. ¿Hasta qué punto podemos descifrar humanidades, territorios, extensiones, signos? ¿Se transforma para bien el carácter humano por el hecho de viajar? ¿Formaba parte la llamada a la «discreción» de Cervantes de un repliegue imperial español, cultural y político, de un ensimismamiento que imposibilitó la creación de una tradición viajera digna de ser reivindicada con posterioridad? ¿Existían por tanto esos viajes y exploraciones españolas desde los principios de Occidente, pero condenados a formar parte de una memoria escondida? ¿Qué quiere decir y cómo recuperar esa historia de las exploraciones españolas escamoteadas y oscurecidas en un mundo globalizado como el nuestro?

Si retornamos a Cervantes sin duda hallaremos algunas respuestas. Quizás el bizantinismo del *Persiles* ya prefiguró una opción, la de huir del impulso de lo absoluto, pues lo bizantino obedece a signos contrarios y se embosca de manera «demasiado sutil», como señala el *Diccionario de la Real Academia Española*, bajo el signo de lo afirmativo y lo negativo a un mismo tiempo. Hay algo de inconcreción posmoderna en esta opción que se sirve de los contrarios (viajar es una cosa y ser discreto otra bien distinta, al menos en apariencia) aunque al fin a ambos los haga propios. Se trata de un

tipo de claridad barroca que nos cuesta comprender por lo que conlleva de renuncia obligada a cambiar la realidad del mundo, de huida de sus realidades, cuyo efecto es la sublimación de la existencia en sus aspectos formales. Pero no podemos dejar de tener en cuenta que Cervantes no fue solo contemporáneo de Shakespeare; también lo fue de corsarios como Drake y Raleigh, el primer fumador inglés, decapitado en 1618 por su fracaso en la búsqueda de El Dorado³. O de Montaigne, el inventor del ensayo, del texto que emite un punto de vista individual y acierta o se equivoca, sin que el autor tenga nada que temer por ello de los dioses o de los hombres.

Así pues, aquellos europeos orgullosos de serlo ensayaban opciones y posibilidades, emprendían aventuras insólitas en el espacio geográfico del mundo y en su descripción, no se replegaban en sus hogares para ver transcurrir la existencia desde la orilla, pensaban que la naturaleza que hoy llamaríamos «salvaje» era una ofensa contra los deseos del creador⁴. Este impulso intervencionista, descubridor y explorador, es planteado en toda su densidad moral en la admonición cervantina, que juzgó sutilmente la expansión ultramarina, pero también apunta al análisis de la postergación española, de la negación por sí y por otros de la propia historia de exploraciones y

descubrimientos. Todo ello resulta enigmático, en especial si como es el caso se trata de un capítulo con frecuencia decisivo, pues comprende nada menos que la primera construcción de una geografía global, la conciencia de que toda la humanidad de la Tierra era una, o de que lengua, religión, derecho y ciudad constituían las piezas de una comunidad política no fundada en la barbarie, el origen de lo que hoy llamamos Derechos Humanos.

En otro orden de cosas, el rechazo a las tradiciones de viaje y exploración, visto en perspectiva, no es solo español, sino occidental. Hay que señalar que quienes han preferido el mar y la distancia a la seguridad acotada de la tierra y el solar para partir en busca de otros destinos han sido criticados y escarnecidos desde los tiempos bíblicos. El agricultor Caín mató a su hermano el pastor Abel y Yaveh lo condenó a vagar eternamente por la tierra de Nod, un lugar de fugitivos situado al este del Edén, desértico y hostil. En la parábola llamada «del hijo pródigo», cuyo centro es el padre misericordioso, el hijo despedido encuentra la miseria extrema tras su resentido abandono de la casa paterna, seguido de una libertad ilusoria, un viaje a ninguna parte que solo termina con el regreso y el perdón⁵. En la antigua Grecia, Ulises es el héroe que «durante años vagabundeó, viendo muchas ciudades, descu-

briendo muchas costumbres», aquel que traza los contornos de su identidad marcando las fronteras y corriendo el riesgo de perderse en ellas⁶. Muchos siglos después, el padre Mariana, jesuita, criticó la expansión ultramarina española —«imperio es apellido, sin duda, sin sustancia y sin provecho», llegó a afirmar— y el tratadista político Diego Saavedra Fajardo comparó en 1642 el ánimo aventurero de los Reyes Católicos con la prudencia de Cartago, cuyo Senado había mandado matar a unos marineros que hablaban de una isla rica y deliciosa, juzgando que para la república su descubrimiento sería dañoso⁷.

Esta crítica nada disimulada a la conquista de América constituye en realidad una referencia de origen clásico reelaborada en la España del Renacimiento que se reprodujo en otras monarquías europeas, en las que también existió un estado de ánimo desconfiado sobre las consecuencias de la apertura del mundo. En Gran Bretaña el ingenioso y feroz Jonathan Swift narró en un famoso pasaje de los *Viajes de Gulliver* (1726) en qué consistía el proceso de colonización: una tripulación de piratas arrojada por una tormenta a una playa tropical tomaba posesión de una tierra que a continuación asolaba con su lujuria e inhumanidad⁸. En esta línea, el archiprohibido abate francés Raynal también criticó en la célebre *Historia filosófica y política de*

los establecimientos de los europeos en ambas Indias (1773) las aventuras coloniales, pues en la distancia del hogar resultaba irremediable que aquellos europeos lanzados al mundo para conocerlo y dominarlo se abandonaran a la molicie y la degradación moral y física.

Estos casos, no obstante, no resuelven el enigma principal, pues franceses y británicos, por ejemplo, han sido capaces de edificar un mito nacional, revolucionario y napoleónico los primeros, isabelino y victoriano los segundos, sólidamente imbricado en la aportación respectiva a la historia de los viajes y exploraciones europeas en otras geografías, de tal modo que han reclamado con espíritu corsario autorías indebidas, precedencias injustificables o hallazgos imaginarios. Estos elementos narrativos, curiosamente, han formado parte de la tradición de la literatura de viajes, un género poblado por impostores y falsarios desde el comienzo de los siglos, que solo a partir del setecientos se cubrió de una aureola de exactitud, pasó a referir no una fantasía edificante sino una verdad irrefutable y objetiva. Según el nuevo esquema, «los viajeros dejaron de ser impostores para convertirse en testigos»⁹. Pero incluso en este contexto, o precisamente por su causa, el estudio de las exploraciones y los viajes de los españoles adoleció de una serie de problemas de larga data: la

dificultad del inventario, la discontinuidad en el estudio, la deficiente o inadecuada política de publicación.

Más allá de la extraordinaria novedad que supuso la puesta en marcha de las Relaciones Geográficas de Felipe II como modelo de descripción de los hechos de la naturaleza y la humanidad a escala planetaria, hubo casos exitosos como el del *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica* del gran Antonio de León Pinelo, editado en 1629 y reeditado en 1737 por Andrés González de Barcia, una de las primeras bibliografías geográficas publicadas en Europa¹⁰. Pero aquel impulso formidable no tuvo la debida continuidad, en obvio contraste con el esplendor contemporáneo de las expediciones científicas españolas que cartografiaban nuevas tierras y nuevos mares.

Incluso a mediados del siglo XVIII, cuando el creciente hostigamiento de británicos, rusos y franceses sobre las fronteras del Imperio español aconsejaba una política de publicación de diarios, mapas y cartas que difundieran los hallazgos geográficos para sostener la propia posición en conflictos y negociaciones diplomáticas, las dudas e inconcreciones fueron muchas. Lo determinante fue, salvo en algunas coyunturas, la existencia de una política de difusión u ocultamiento de los viajes y explo-